



“Hacia una cultura del encuentro”: tal es “la propuesta del papa Francisco”. Éste es el título de un recientísimo libro publicado en Buenos Aires, cuyo editor es Mons. Víctor Manuel Fernández, Rector de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Se transcriben a continuación dos de los estudios recopilados en ese libro: uno del mismo Mons. Fernández sobre: “La propuesta del papa Francisco sobre la cultura del encuentro” y el otro del Embajador Vicente Espeche Gil sobre “La cultura del encuentro en dimensión internacional”.



La propuesta del Papa Francisco sobre la cultura del encuentro
Por Víctor Manuel Fernández

Todos valoramos el objetivo de unir a los argentinos. Delinear estrategias para lograrlo es difícil, pero no imposible. Podemos pensar caminos para fomentar el respeto mutuo, la escucha, la integración de todos, la paz social. A esto el Papa Francisco lo resume diciendo: "tenemos que crear una cultura del encuentro". Intentaré profundizar en este tema con una exposición dividida en cuatro partes:

1. La cultura del encuentro en *Evangelii gaudium*

La exhortación *Evangelii gaudium* (1), de Francisco, tiene un capítulo referido a las cuestiones sociales, y allí se dedica un espacio muy importante a la paz social. Detengámonos en algunos de sus contenidos básicos. El poliedro

Bergoglio siempre rechazó las dialécticas que enfrentan, y su ideal es el poliedro, que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices. El poliedro es una sociedad donde las diferencias puedan convivir complementándose, enriqueciéndose e iluminándose unas a otras. De todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible.

Me ayuda un ejemplo que escuché hace muchos años estando en el desierto de Judea: desierto monótono, donde aparentemente solo: hay arena. Aprendí que para el beduino que creció allí no es aburrido. El me dice: miré allí, el color de aquella arena, y mire allá, es diferente; observe los matices y las sombras que se va formando cuando pasan las horas, escuche el canto de aquel pájaro que no se ve. Lo necesito a ese beduino, necesito su punto de vista para entender parte de la realidad, precisamente porque él es muy diferente a mí. Si logro encontrarme con ese beduino, podré ver cosas que nunca he visto.

El que está en las periferias también ve cosas que yo no veo, porque tiene otro punto de vista. Pero tengo que ser capaz de hacer un silencio para darle lugar y escuchar con interés ese punto de vista. Y si finalmente me convengo de que todos pueden iluminarme, e iluminarnos, aunque no los entienda del todo, entonces yo también empiezo a construir una cultura del encuentro.

Identidad y negociación superadora

Se trata de recoger algo de la experiencia y de la perspectiva del otro, pero eso no significa perder mi identidad. Porque también mi identidad es parte del poliedro, es mi aporte, es mi don para los otros. Si no hay, Identidades

claras no hay conflicto, pero tampoco hay Vida, todo es cascara vacía y marketinera. Por eso, no es sano huir de los conflictos, o ignorarlos. Hace falta aceptarlos y sufrirlos hasta el fondo, nunca esconderlos. Pero siempre con el ideal de resolverlos, de lograr armonizar las diferencias. De dos cosas distintas se puede hacer nacer una síntesis que nos supere y nos mejore a los dos, aunque los dos tengamos que renunciar a algo. Siempre hay que apuntar a algo nuevo donde se superen las tensiones violentas y los intereses cerrados.

En Colombia, la mitad que votó por el sí, aunque le duela el alma, necesariamente tendrá que descubrir y asumir la parte de verdad que expresaron los que votaron por el no y los que no fueron a votar. En Europa, los que estaban en contra del brexit de Gran Bretaña, algo tendrán que repensar y aprender de las preocupaciones de los otros. Y algo semejante tendrá que ocurrir en USA y en Argentina.

En esta línea de "unidad en la diversidad" o de "diversidad reconciliada", están los gestos de acercamiento del Papa hacia otras religiones y hacia otras iglesias. En esa misma línea, él permite que dentro de la Iglesia algunos lo critiquen duramente a él, sin condenarlos. El otro, el diferente, tiene su lugar.

La fuerza de lo que se hace cultura y proceso

Pero ¿qué se agrega cuando utilizamos la expresión "cultura del encuentro"? ¿No es lo mismo decir "paz social"? No, porque la palabra "cultura" significa algo que ha penetrado en las entrañas del pueblo. Si hablamos de una determinada "cultura" en el pueblo, entonces eso es más que una idea o que algo hecho por conveniencia. Cuando se vuelve cultura, se ha convertido en una "pasión" compartida, en unas ganas, en un entusiasmo y finalmente en un estilo de vida. Significa que, como pueblo, nos apasiona el objetivo de encontrarnos, de buscar puntos de contacto, de tender puentes, de proyectar algo que nos incluya a todos. El pueblo es el sujeto de esta cultura, no una elite que busca una pacificación aparente con recursos profesionales y mediáticos. Aquí está la gran diferencia entre populista y popular.

Esta paz es trabajosa, cuesta, porque lo más fácil sería contener o tapar las libertades y las diferencias con un poco de astucia y de recursos. Esa paz sería superficial y frágil. Integrar es mucho más difícil y lento, pero es la garantía de una paz real y sólida. ¿Esto se logra sólo juntando a los bellos, a los santos, a los puros? Obviamente no. Prestemos atención a esto que dice Francisco: "Aun las personas que pueden ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse" (EG 236). Pretender aniquilar a algunos es intentar negar parte de la realidad, y en el fondo es un idealismo ingenuo y parcial.

Tampoco sirve una paz que se logre silenciando las reivindicaciones sociales o evitando que tengan voz pública. Dice Francisco que no se trata de "un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz" (EG 218). Se trata entonces de generar procesos de encuentro, procesos que construyan un pueblo enriquecido por las diferencias.

Por eso mismo Francisco afirma que la búsqueda de consensos y acuerdos tiene que estar unida a "una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones". Si no, sería un proyecto pacificador "de unos pocos para unos pocos" (EG 239), pan para hoy y hambre para mañana. Tienen que generarse procesos de integración de los descartables, los olvidados, los invisibles, esos que no vemos porque no están en los lugares donde nosotros nos movemos y entonces no tocamos su carne herida. Aunque nos arreglemos para no verlos ni tocarlos, ellos también son parte de la sociedad, tienen derecho a vivir con dignidad y a ser integrados.

2. Leer bien a Francisco

Algunos llegan a decir que esta insistencia de Francisco en incluir a los pobres y débiles es propia de un populista -palabra tan usada y desgastada últimamente, por pereza intelectual, que ya ha perdido todo sentido-, y que por eso mismo justifica el desinterés y la comodidad. ¡Cómo se nota que no lo conocen y no lo leen! Nada más lejos de su pensamiento. Para este Papa es indigno que alguien no desarrolle sus capacidades, que viva "de arriba" cuando tiene posibilidades de desarrollar los dones que ha recibido.

Miremos lo que él mismo dice. Afirma que le interesa "una creación de fuentes de trabajo ... que supere el mero asistencialismo" (EG 204). Sostiene que "los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, deberían pensarse sólo como respuestas pasajeras" (EG 202). En otro texto dice que él no está hablando de repartir comida o dinero, sino "especialmente trabajo, porque en el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida" (EG 192).

En su encíclica *Laudato si'* repite que es "prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos" (LS 127). Pero también sostiene que "ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo" (LS 128). y reconoce que para eso hace falta producir riqueza, y que por esa misma razón también son necesarios los empresarios: "La actividad empresarial es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos" (LS 129). Pero le compete al Estado un papel activo y creativo para favorecer un tipo de economía que genere puestos de trabajo, por encima del objetivo del beneficio o de la mera libertad de mercado. Porque el llamado "derrame" siempre es muy inequitativo.

En definitiva, cuando Francisco habla de la inclusión social de los pobres, está pidiendo que todos tengan posibilidades reales de tomar la vida en sus manos, de ganarse el pan y de acceder a una vida mejor gracias al esfuerzo y al desarrollo personal. Dicho de otro modo, el asunto es que todos puedan desarrollar lo mejor de sí. ¿Cómo vamos a construir un precioso poliedro si no hacemos florecer las capacidades de todos?

Este ejemplo es suficiente para mostrar cómo la verdadera propuesta de Francisco suele aparecer recortada y parcializada en la interpretación mediática. Él propone un encuentro enriquecedor donde cada uno aporte lo mejor de sí a partir de sus capacidades y de su esfuerzo, pero algunos, superficialmente, insisten en presentarlo como portador de un "populismo distribucionista".

3. El mensaje al pueblo argentino

Detengámonos en el mensaje de Francisco al pueblo argentino. (2) Allí él volvió a hablar de la cultura del encuentro. Nos pidió que a la Patria "le entreguemos lo mejor de nosotros mismos, para mejorar, crecer, madurar. Y esto nos hará lograr esa cultura del encuentro ... ". Es decir, para que pueda haber una cultura del encuentro, hace falta que cada uno quiera entregarse más allá de los propios intereses.

El lenguaje del descarte

Luego dijo que esta actitud "supera todas estas culturas del descarte". y aquí vemos una segunda condición para la cultura del encuentro: convencerse de que cada uno tiene su lugar. Pero aquí Francisco agrega una precisión: que cada uno "se pueda expresar pacíficamente sin ser insultado o condenado, o agredido, o descartado". Es decir, que cualquiera pueda opinar distinto, ofrecer un matiz, mostrar otro aspecto de la realidad sin que le caiga encima una catarata de insultos y sospechas.

En esta línea de no excluir a nadie, tiempo atrás me provocaron una impresión muy desagradable algunas expresiones que aparecían en los medios de comunicación. Eran palabras de desprecio hacia los marginales, casi negando su condición humana. Menciono algunas muy impactantes:

"Pobre gente, como se alimentaron mal de chicos tienen las neuronas dañadas y son fáciles de arrear. Animalitos. No tiene sentido que esa gente vote"; "tienen microcefalia, idiotas útiles, negros de talón partido"; "son esclavos con el cerebro lavado a los cuales les da lo mismo que les roben";

"irracionales amaestrados chorreando grasa. ¿Cuándo volverán los milicos para pasar una buena zaranda?". Son palabras textuales ¿Cómo será posible unir a los argentinos si no nos angustia que se sigan diciendo este tipo de cosas?

El pretendido "equilibrio"

Por supuesto, nadie ignora que también hay expresiones agresivas desde los sectores más populares hacia la clase media, o hacia los empresarios, por ejemplo. La cuestión es que no podemos colocarlos en paridad de condiciones. En este asunto no se puede hablar de "equilibrio". Porque los sectores que se consideran más educados o más favorecidos por la vida tienen una responsabilidad mucho mayor en comprender la situación, los condicionamientos, las historias sufridas y aun los valores de los menos favorecidos.

Hay ejemplos que son claros y que he visto de cerca muchas veces. Durante largo tiempo las empleadas domésticas, para poder sostener a sus hijos, han tolerado silenciosamente burlas, discriminaciones, maltratos, y hasta abusos sexuales de parte de sus empleadores. Y también he sido testigo, en el interior del país (en el mítico "campo") de la situación de semiesclavitud a la que son sometidos algunos peones rurales. Conozco a muchas mujeres que han trabajado como animales toda la vida en el campo, en negro, por la comida y poco más. Pero a cierta edad las despidieron muy amablemente, y fueron a parar a la ciudad sin un peso, a construir una casucha de lata a la vera del río. Agreguemos los talleres clandestinos, y otras formas modernas de negación de la dignidad humana. Se llegó a decir en nuestro país que a los pobres hay que subirlos a camiones y en el camino enseñarles a votar, así como se afirma que la asignación por hijo sólo sirve para que las pobres se embarquen. En estos casos no vemos esfuerzos sinceros para crear una cultura del encuentro.

4. Un pacto cultural

Por todo esto, vamos ahora al último punto de esta exposición: la necesidad de un pacto a partir del reconocimiento del otro.

El otro como otro

Se trata de reconocerle al otro el derecho de ser él mismo y de ser diferente. Lo que propone Francisco es un "pacto cultural" que nos lleve a una cultura del encuentro. Se ha hablado mucho del pacto social, del pacto político, del pacto moral. ¿Pero qué es un pacto cultural? Es una decisión y un acuerdo de respeto, tolerancia y diálogo entre los diferentes, que sienta las bases para un pacto político. Ni siquiera el "pacto moral" es suficiente. Un pacto cultural significa que se ha aprendido a reconocer al otro como otro: con su propia cultura, es decir con su propio modo de ver la vida, de salir adelante, de opinar, de sentir y de soñar.

Hoy podríamos decir que no hay una guerra abierta entre los argentinos. Pero puede haber una guerra casi imperceptible, de guante blanco, igualmente destructiva: ocurre cuando se busca de maneras sutiles que el otro pierda todo significado, que se vuelva irrelevante, que no se le reconozca algún valor en la sociedad, que se escuchen sólo "los que son como uno".

Muchas veces los disensos no son sustanciales, pero ocurre que la pasión política los agiganta hasta el punto de considerar que el otro debe desaparecer, que no hay lugar para él. Algo de esto advirtió Borges cuando murió Marechal. Seguramente reconociendo su parte de culpa, lamentó no haber podido cultivar un mayor intercambio con él. Y porque lo apreciaba, finalmente decidió ir al velatorio. Frente al cajón de Marechal dijo visiblemente conmovido: "¡Por la política de mierda nos hemos peleado tanto!". La política es indispensable. El problema es cuando cierra los canales del encuentro.

Sin embargo, a partir del pacto cultural, donde cada uno toma la decisión de aceptar al otro como otro, como distinto, se puede crear una base firme para cualquier otra forma de respeto y reconocimiento mutuo.

Cuánto vale

Vayamos todavía más profundo. ¿Acaso hay algo más profundo que el reconocimiento del otro? Sí, porque hay algo elemental que lo hace posible. Existe una condición que está en la raíz de todo y que tiene que ver con nuestros corazones: esa condición es apreciar con profunda convicción cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona humana, siempre y en cualquier circunstancia.

Porque muchas veces son las circunstancias las que muestran que para nosotros algunos valen más que otros, algunos son más humanos que otros. Como dice Francisco, "el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad" (EG 190). ¿Quién podría objetar esta afirmación que tiene tantas consecuencias?

Este es el punto crítico que no suelen considerar algunas posturas que absolutizan la libertad de mercado como principio fundamental de la vida social. Y esta es precisamente la última base de una auténtica cultura del encuentro: el diferente también tiene derechos, pero no los tiene por el valor económico de lo que pueda hacer. Todos tienen una serie de derechos por el infinito valor de su dignidad humana, que está por encima de cualquier circunstancia y de cualquier resultado.

También tiene esos derechos un ser humano cuando está menos dotado, sea por la naturaleza, sea por la historia que le tocó vivir o por el lugar donde le tocó nacer, sea porque sufrió desnutrición desde pequeño, porque creció en un hogar violento o porque nació discapacitado. Nada de eso le quita su inmensa, su infinita dignidad como persona humana.

Los derechos de una persona no se originan en lo que ha heredado de su familia, en la portación de un apellido, tampoco en sus capacidades, y ni siquiera en la formación que ha recibido. Su valor está en la inquebrantable dignidad que posee como ser humano. Entonces, esa mujer a quien le tocó nacer pobre en el monte santiagueño y que trabaja a destajo toda la semana para alimentar a su familia, no vale menos ni tiene menos derechos que aquel que se puede dar el gusto de trabajar menos y gozar de muchos placeres porque tuvo la suerte de nacer en mejores condiciones. Los dos, por su dignidad inalienable, participan en la construcción del bien común y deben tener voz y voto desde su propia perspectiva. Si no se reconoce sinceramente esto, no habrá jamás una cultura del encuentro, y tanto la política como la economía irán por otros caminos.

Algo más que un punto de partida

Para ir concluyendo, agrego una última precisión. Porque aquí podemos caer en un engaño muy sutil. Algunos dicen que, en definitiva, se trata de que haya igualdad de posibilidades para todos, es decir, un mismo "punto de partida" para todos. Después, todo dependería de las capacidades y del esfuerzo de cada uno. Parece correcto, razonable.

Pero no basta plantearlo así, porque estamos olvidando precisamente el principio que sostiene todo: la inmensa dignidad de cada ser humano más allá de las mayores o menores capacidades que le tocaron en suerte.

Si se olvida ese principio, como dice Francisco, no tendría sentido "invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida" (EG 209). Algunos se preguntan: "¿A quién le interesa invertir a favor de los frágiles? ¿A quién le sirve?" Pero sería muy irresponsable dejar solos a los débiles entre los engranajes de este mundo voraz. Sería un alegre descuido que tarde o temprano se nos caerá encima.

Quien por la naturaleza o por la historia que le tocó vivir, está menos dotado o es muy débil, nunca tendrá igualdad de oportunidades. Necesita y debe ser especialmente ayudado en el recorrido de su vida para que pueda dar lo mejor de sí, aun aceptando que rinda menos, aun asumiendo pacíficamente que no tenga la misma eficiencia. Porque de lo que se trata es que él desarrolle todo su potencial humano más allá del valor económico de lo que pueda producir. Tiene ese derecho, y es una cuestión de justicia más que de misericordia.

Por todo lo dicho, no me basta "respetar" al otro para que podamos encontrarnos en un gran proyecto nacional. Tiene que nacer en mí el deseo de que el otro pueda desarrollarse y realizarse en la vida sin dejar de ser él mismo. De esa manera, entre todos, se irá construyendo ese precioso poliedro hecho de tantas facetas que lo enriquecen.

Pero la lógica que se va desarrollando sutilmente en el mundo actual es otra, reconozcamos que es otra. Depende de nosotros, si preservamos nuestra libertad y nuestra dignidad frente al bombardeo de los mensajes individualistas, no dejarnos engañar por esa lógica mezquina.

(1) Los documentos de Francisco que se mencionarán en este libro, se citarán de la siguiente manera: La exhortación apostólica *Evangelii gaudium* se citará EG, y la encíclica *Laudato si'* se citará LS.

(2) Francisco, Mensaje al pueblo argentino, 30 de septiembre 2016.

Cultura del encuentro en Francisco: la dimensión internacional

Por Vicente Espeche Gil

“Cada uno de nosotros está llamado a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguiendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo y no levantando nuevos muros. Dialogar, encontrarnos para instaurar en el mundo la cultura del diálogo, la cultura del encuentro.” (1)

Podría suponerse que con la cultura del encuentro se procura orientar las conductas hacia el acercamiento entre personas que comparten los espacios cercanos de la familia (2), el trabajo, las distintas expresiones de la sociedad civil, los espacios virtuales generados por las modernas tecnologías de comunicación (3) o la política en la ciudad o el propio país. (4) Esto es así, sin embargo, la cultura del encuentro que Francisco ha venido proponiendo a lo largo de su pontificado, tiene además una dimensión internacional, que se inscribe en el contexto de la lectura que el Papa hace de los signos de los tiempos contemporáneos.

Entre estos signos descuella el fenómeno de “las migraciones (que) constituirán un elemento determinante del futuro del mundo” (5), y que actualmente se está verificando en el marco de una “pérdida del «sentido de la responsabilidad fraterna, sobre el que se basa toda sociedad civil” (6) .

Otros signos salientes para Francisco son el “individualismo, tan extendido en la cultura de nuestro tiempo... la falta de ideales y la pérdida de la identidad, incluso religiosa, que caracteriza dramáticamente al así llamado Occidente” (7) ...una “frágil conciencia de pertenencia que caracteriza el mundo actual” (8) y “la indiferencia”, que es necesario vencer para construir juntos la paz. (9)

En otras oportunidades, Francisco se ha referido también a una “cultura del descarte”: “No nos pueden dejar indiferentes los rostros de cuantos sufren el hambre, sobre todo los niños, si pensamos a la cantidad de alimento que se desperdicia cada día en muchas partes del mundo, inmersas en la que he definido en varias ocasiones como la «cultura del descarte». Por desgracia, objeto de descarte no es sólo el alimento o los bienes superfluos, sino con frecuencia los mismos seres humanos, que vienen «descartados» como si fueran «cosas no necesarias». Por ejemplo, suscita horror sólo el pensar en los niños que no podrán ver nunca la luz, víctimas del aborto, o en los que son utilizados como soldados, violentados o asesinados en los conflictos armados, o hechos objeto de mercadeo en esa tremenda forma de esclavitud moderna que es la trata de seres humanos, y que es un delito contra la humanidad.” (10)

En la visión humanista de Francisco, a la luz de estos signos, surge la necesidad de generar una cultura alternativa del encuentro, capaz de promover la justicia y la paz en las relaciones humanas, en un continuo social ininterrumpido, que va desde las relaciones interpersonales de la sociedad familiar hasta la alta política de las relaciones internacionales, englobando a la vez todos los ámbitos intermedios.

Ya desde el primer año de su pontificado, Francisco asociaba la diplomacia a la noción de la cultura del encuentro. En efecto, decía en su primer mes de diciembre como Papa a diplomáticos italianos:

“Respecto al valor, al significado de vuestro obrar, permitidme destacar una perspectiva que considero muy importante. Por vuestro servicio, estáis en la condición de favorecer la cultura del encuentro. Sois funcionarios diplomáticos y todo vuestro trabajo tiende a hacer que los representantes de los países, de las Organizaciones internacionales, de las instituciones puedan encontrarse en el modo más proficuo. ¡Cuán importante es este servicio! El aspecto propiamente ceremonial, más visible, está orientado hacia aquello que no se ve, al crecimiento de relaciones positivas, basadas en el conocimiento recíproco, en el respeto, en la búsqueda común de vías de desarrollo y de paz”. (11)

Francisco aprovecha entonces cuanta ocasión se le presenta para promover la cultura del encuentro en todas sus dimensiones. Lo hizo en sus discursos, homilias y encíclicas y también durante sus memorables visitas a la isla de Lampedusa, a Israel y Palestina, al Brasil, a los Estados Unidos y las Naciones Unidas, al África y a otros países y regiones de la periferia del mundo. En estas visitas papales se puso en evidencia el encuentro traumático entre los que quieren llegar a Europa y los europeos que los rechazan; el muro fisco de cemento y alambres de púas y el muro de desinteligencia política y cultural que separa a israelíes y palestinos. Posteriormente se fueron identificando otros desencuentros, entre América Central y la del Norte, o dentro de y entre países sudamericanos hermanos, distanciados por la política, o las fronteras.

En este breve ensayo se procura entonces poner de relieve la vinculación de la visión del Papa sobre la cultura del encuentro, con la doctrina de la Iglesia sobre las relaciones internacionales, la globalización y la paz.

La cultura del encuentro en el marco de las enseñanzas internacionales de la Iglesia

En el orden internacional, el Papa en su carácter de cabeza de la Santa Sede, inviste y le es reconocida una posición análoga a la de un jefe de Estado. Tal carácter le permite ser un agente personal, literalmente único, para la promoción de la cultura del encuentro. Consciente de ello, multiplica en la medida de sus fuerzas y posibilidades, las oportunidades para utilizarse a sí mismo como agente promotor del cambio buscado.

El Papa cuenta además con la estructura de la Secretaría de Estado que de él depende, con su red de nunciaturas a cargo de obispos diplomáticos que son sus representantes ante una importante cantidad de países (12). Los nuncios le permiten multiplicar su acción y reproducir sus gestos y mensajes, en vastos campos del ordenamiento internacional existente. Al hacerlo, Francisco al igual que sus predecesores, va actualizando y enriqueciendo la doctrina de la Iglesia en su capítulo sobre las relaciones internacionales.

Esta doctrina ha adquirido ya una densidad e importancia que puede hablarse del pensamiento y las enseñanzas de la Iglesia sobre las relaciones internacionales, como un cuerpo doctrinal con envergadura y peso propios, ciertamente en coherencia con la Doctrina Social de la Iglesia, pero con su especificidad propia. La doctrina de la Iglesia sobre las relaciones internacionales no podría ser incongruente con su doctrina social, pero tampoco necesita ser idéntica a ella. Tiene un origen, una función, un desarrollo y unos agentes distintos a aquella.

En efecto, el pensamiento y las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia, tienen su origen en todos los pastores de la Iglesia, sea a título individual, incluyendo al Papa como obispo de Roma, o por medio de las conferencias episcopales.

En cambio, la doctrina sobre las relaciones internacionales solamente tiene por origen el papel que la Iglesia tiene por medio de la activa presencia internacional de la Santa Sede, o sea la sede del sucesor de Pedro, cuya legitimidad como actor es ampliamente reconocida en el orden internacional.

La función de ambas es también distinta, porque mientras que una está dirigida a las relaciones en el interior de cada sociedad o país, la otra se dirige a los dirigentes de las naciones y los diplomáticos que actúan en el marco más acotado del derecho internacional y de la negociación de acuerdos con alcances específicos de las relaciones entre Estados.

También los agentes son distintos en uno y otro caso. Mientras que la Doctrina Social de la Iglesia tiene por agentes la jerarquía de la Iglesia y los laicos que actúan en la vida social y política, la Doctrina de la Iglesia sobre las Relaciones Internacionales tiene por agentes a la persona del Papa y sus agentes diplomáticos, dirigidos por la Secretaría de Estado.

La sucesión ininterrumpida de encuentros del Papa con los jefes de Estado o de Gobierno de grandes potencias o de países pequeños, ha llevado a algunos a considerar, no sin exageración, algo con lo que Francisco posiblemente esté en desacuerdo, en el sentido de que "...el papado volvía a ser a ser una fuerza geopolítica". (13)

Un desarrollo exhaustivo del pensamiento y las enseñanzas de la Iglesia sobre las relaciones internacionales escaparía al propósito de este capítulo. Un estudio sistemático de las enseñanzas de la Iglesia en el orden internacional podría ahondar en el elenco de todos los discursos pronunciados ante la Asamblea General de las Naciones Unidas por los papas desde Pablo VI hasta Francisco. A ello cabría agregar la serie de los discursos anuales de los pontífices ante el Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede, las palabras de los papas al recibir las cartas credenciales de los embajadores acreditados ante la Santa Sede, las intervenciones de los representantes pontificios ante los distintos órganos de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales, etc. Solamente a título de ejemplo de una de las nociones que forman parte de este acervo, la Santa Sede ha sostenido que muchos de los conflictos que enfrentan a fieles de distintas religiones suelen ser descritos como de naturaleza religiosa, cuando en realidad son conflictos que responden a causas de naturaleza política o económica.

Por consiguiente, la cultura del encuentro que Francisco promueve es la misma en todos los campos, pero su aplicación no puede menos que adecuarse según sean los actores, ámbitos, coyunturas y momentos en los que se la procura concretar.

Desde el comienzo de su pontificado, se han multiplicado las instancias en las que Francisco ha tenido oportunidad de hacer conocer su visión del mundo y las relaciones internacionales. Con todo, hay dos fuentes que, entre otras, ilustran particularmente la visión que Francisco tiene del mundo: el documento final de Aparecida (14), que en los primeros tiempos de su pontificado, Francisco acostumbraba regalar a los jefes de Estado y de Gobierno que lo visitaban y la encíclica *Laudato Si* (15).

En el documento de Aparecida se hace referencia a diversas cuestiones vinculadas a la vida internacional.

Los números de las citas que siguen a continuación, corresponden a la nomenclatura del documento original. Allí se habla de una "nueva colonización cultural" (45), de la Globalización (60 ss.) y sus aspectos positivos y negativos, con su concentración del poder y la riqueza, la pobreza del conocimiento, la exclusión social con sus "sobrantes" y "desechables", los elevados índices de deuda externa, la corrupción en las economías, el narco negocio, algunos efectos negativos de los acuerdos de libre comercio, el tráfico de personas, los organismos internacionales que no siempre ajustan sus recomendaciones a criterios éticos (75), el debilitamiento de los Estados por la aplicación de ajustes estructurales de sus economías recomendados por organismos financieros internacionales, etc.

Allí también se afirma la existencia de una creciente voluntad de integración regional (82), los riesgos de apropiación intelectual ilícita de conocimientos tradicionales sobre la utilización de recursos naturales, por parte de industrias farmacéuticas, el mal uso del agua y la agresión al medio ambiente, las migraciones forzadas y otros temas que integran la agenda regional americana y mundial.

En su encíclica, Francisco trasluce una lectura negativa del orden mundial, como lo muestran las citas que siguen. También en este caso los números citados corresponden a la nomenclatura adoptada en el documento papal:

“Llama la atención la debilidad de la reacción política internacional. El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente. Hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos”. (54)

“...el orden mundial existente se muestra impotente para asumir responsabilidades...” (179)

“La crisis financiera de 2007-2008 era la ocasión para el desarrollo de una nueva economía más atenta a los principios éticos y para una nueva regulación de la actividad financiera especulativa y de la riqueza ficticia. Pero no hubo una reacción que llevara a repensar los criterios obsoletos que siguen rigiendo al mundo”. (189)

“La agenda del mundo no encuentra un espacio para ocuparse de los más pobres (48) y ni siquiera parece haber “una clara conciencia de los problemas que afectan a la mayoría de la población del mundo, que es pobre”. (49)

Todo ello nos da la pauta de una visión cruda de la realidad internacional y del mundo político y las “res novae” que vivimos hoy, de la radical imperfección y endeblez del sistema global.

En la visión de Francisco, es como si la vieja categoría cristiana del “mundo” hoy asumiera una nueva designación: la de un paradigma cultural con eje técnico, político, económico y consecuencias sociales de descarte, injusticias, violencia y guerra.

Francisco ha aludido con frecuencia en sus discursos a la existencia de guerras de hecho y hasta de una suerte de “tercera guerra mundial” por etapas: “Las guerras y los atentados terroristas, con sus trágicas consecuencias, los secuestros de personas, las persecuciones por motivos étnicos o religiosos, las prevaricaciones, han marcado de hecho el año pasado, de principio a fin, multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de la que podría llamar una «tercera guerra mundial en fases». (16)

“Es previsible que, ante el agotamiento de algunos recursos, se vaya creando un escenario favorable para nuevas guerras, disfrazadas detrás de nobles reivindicaciones. La guerra siempre produce daños graves al medio ambiente y a la riqueza cultural de las poblaciones, y los riesgos se agigantan cuando se piensa en las armas nucleares y en las armas biológicas. Porque, «a pesar de que determinados acuerdos internacionales prohíban la guerra química, bacteriológica y biológica, de hecho en los laboratorios se sigue investigando para el desarrollo de nuevas armas ofensivas, capaces de alterar los equilibrios naturales» (57)

“...hoy el pecado se manifiesta con toda su fuerza de destrucción en las guerras, las diversas formas de violencia y maltrato, el abandono de los más frágiles, los ataques a la naturaleza.”(66)

“La situación actual del mundo «provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que a su vez favorece formas de egoísmo colectivo»...la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca.” (204)

Mientras que Francisco hace conocer en Laudato Si su visión propia sobre la paz y la globalización, ha preferido no innovar en cuanto a otros capítulos de la doctrina internacional de la Iglesia, como es el caso de la importancia dada al derecho internacional, la ética de las relaciones internacionales y la necesidad de una autoridad mundial.

“La inequidad no afecta sólo a individuos, sino a países enteros, y obliga a pensar en una ética de las relaciones internacionales. “(51)

“El siglo XXI, mientras mantiene un sistema de gobernanza propio de épocas pasadas, es escenario de un debilitamiento de poder de los Estados nacionales, sobre todo porque la dimensión económico-financiera, de características transnacionales, tiende a predominar sobre la política. En este contexto, se vuelve indispensable la maduración de instituciones internacionales más fuertes y eficazmente organizadas, con autoridades designadas equitativamente por acuerdo entre los gobiernos nacionales, y dotadas de poder para sancionar. Como afirmaba Benedicto XVI en la línea ya desarrollada por la doctrina social de la Iglesia, «para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme integral, la seguridad alimenticia y la paz, para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera Autoridad política mundial, como fue ya esbozada por mi Predecesor, [san] Juan XXIII»[129] ...” (175)

La cultura del encuentro, la paz y la globalización

El camino hacia la construcción de la paz recorre un itinerario que parte de la búsqueda y el reconocimiento de la verdad, lo que es fruto del diálogo sincero, y lleva a la negociación y el compromiso de confianzas recíprocas sobre el que la paz finalmente es construida.

En este itinerario, cuya primera etapa es la búsqueda y el reconocimiento de la verdad, se constata el hecho y la realidad del encuentro entre quienes coexisten, conviven y comparten un tiempo y un espacio de intereses al menos en parte superpuestos o contrapuestos. Cada uno de ellos es portador de un patrimonio rico de tradiciones e intereses originarios. Este hecho verdadero inicial, puede dar lugar a la tentación a anular, ignorar o eliminar el interés de la otra parte, o por el contrario, al reconocimiento de la posibilidad de un bien común a

compartir mediante la negociación que genera una relación de confianza, lleva a un compromiso y finalmente a la construcción de una paz común a ambos.

La cultura del encuentro tiene entonces su punto de partida en el reconocimiento de la realidad que incluye a otro que no soy yo, con quien debo emprender la búsqueda de la verdad para terminar acordando una paz.

Verdad y paz son entonces puntos de llegada y no de partida. Si cada uno pretendiera comenzar un diálogo sobre el supuesto de la posesión de la única verdad, no habría compromiso posible.

Francisco proviene de un país del sur lejano, cuya dirigencia política, por lo general, no sigue con particular atención los vericuetos de la política internacional. La visión del mundo que el cardenal Bergoglio llevó a Roma provenía de la vocación universalista propia de la Iglesia Católica. Ahora, sobre esa base está ejecutando y proponiendo medidas y actitudes que alejen al mundo de amenazas a la paz en materias acuciantes como las migraciones o la salud de la tierra. Bergoglio antes y Francisco ahora, habla de la concepción imperial de la globalización a la que ilustra con la imagen de una esfera perfecta, pulida. En ella, todos los pueblos se fusionan en una uniformidad que anula la tensión entre las particularidades. Según esta perspectiva, esta forma de globalización constituye el totalitarismo más peligroso de la postmodernidad. En Lampedusa, en 2013, habló de la globalización de la indiferencia (17), tema sobre el que volvió en su Mensaje para la 49ª Jornada Mundial de la Paz 2016: "Vence la indiferencia y conquista la paz".

A lo largo de toda la encíclica *Laudato Si* hay referencias a la globalización y a la gestión de los asuntos inherentes al globo. Para Francisco el medio ambiente es un bien común, patrimonio de toda la humanidad, y responsabilidad de cada uno de los habitantes del mundo.

Para Francisco, una verdadera globalización debería respetar la idiosincrasia de los pueblos y conservar su identidad y particularidad, uniéndose armoniosamente en la búsqueda del bien común. Francisco habló en Filadelfia: "de la tendencia a una globalización. La globalización no es mala. Al contrario, la tendencia a globalizarnos es buena, nos une. Lo que puede ser malo es el modo de hacerlo. Si una globalización pretende igualar a todos, como si fuera una esfera, esa globalización destruye la riqueza y la particularidad de cada persona y de cada pueblo. Si una globalización busca unir a todos, pero respetando a cada persona, a su persona, a su riqueza, a su peculiaridad, respetando a cada pueblo, a cada riqueza, a su peculiaridad, esa globalización es buena y nos hace crecer a todos, y lleva a la paz. Me gusta usar un poco la geometría aquí. Si la globalización es una esfera, donde cada punto es igual, equidistante del centro, anula, no es buena. Si la globalización une como un poliedro, donde están todos unidos, pero cada uno conserva su propia identidad, es buena y hace crecer a un pueblo, y da dignidad a todos los hombres y les otorga derecho". (18)

Francisco se interesa por una Globalización personalizada y responsable, no por un fenómeno abstracto e incontrolable o controlado exclusivamente por intereses de parte.

En Filadelfia, dijo también: "Nosotros vivimos en una época sujeta a la «globalización del paradigma tecnocrático» (*Laudato si'*, 106), que conscientemente apunta a la uniformidad unidimensional y busca eliminar todas las diferencias y tradiciones en una búsqueda superficial de la unidad. Las religiones tienen, pues, el derecho y el deber de dejar claro que es posible construir una sociedad en la que «un sano pluralismo que, de verdad respete a los diferentes y los valores como tales» (*Evangelii gaudium*, 255), es un aliado valioso «en el empeño por la defensa de la dignidad humana... y un camino de paz para nuestro mundo tan herido» (*ibíd.*, 257) por las guerras." (19)

Francisco es crítico del paradigma que cree encontrar, al que atribuye estas injusticias. Cuestiona lo que percibe como el credo subyacente de una comunidad epistémica. Su lectura de los signos de los tiempos genera reservas o rechazos en algunos ambientes. Innova con un discurso que incomoda y que algunos preferirían no escuchar, pues desestabiliza el lugar cómodo de lo que para algunos ocupa el lugar de las verdades preconcebidas.

Entonces es preciso discernir, distinguir, ya que el trigo viene mezclado con la cizaña. Todo esto genera en algunos un rechazo a la globalización. Las rebeliones de izquierda y derecha, los nacionalismos y el islamismo radical comparten y se nutren mutuamente del rechazo a la globalización cultural y económica.

Francisco suele citar el principio de que el todo es superior a la parte. En la política debemos precavernos de una lectura simplista de este principio, que identificara al todo con la comunidad y la parte con el individuo. Entre los argentinos ocurre con frecuencia que cada parte se siente todo, como se percibe en cierto hegemonismo en la política, que ningunean la pluralidad de opciones legítimas.

Francisco nos recuerda que debemos prestar atención a lo global para no caer en una mezquindad cotidiana y localista que ignora la belleza del otro que Dios derrama fuera de nuestros propios límites.

Bienes comunes del mundo como la justicia y la paz son necesarios y superiores al interés nacional de cada país considerado individualmente.

Al mismo tiempo, ninguna parte debe perderse. El pastor va en busca de la oveja que no por estar perdida es menos valiosa.

El discurso conceptual que se ha venido describiendo hasta aquí, tiene también una dimensión operativa en la organización interna de administración de la Iglesia.

A mediados de agosto de 2016 Francisco dispuso motu proprio, la fusión de una serie de organismos de la Curia Romana en un solo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral que reemplazará a los precedentes Consejo Pontificio Justicia y Paz, el Consejo Pontificio «Cor unum», el Consejo Pontificio para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes y el Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud. De esta forma un solo órgano tendrá a su cargo actividades que antes estaban encomendadas a distintas administraciones, con lo que se racionalizará y coordinará convenientemente la labor de la Iglesia en la materia. La medida pone de relieve la voluntad de la Iglesia de acompañar su prédica de promoción humana con hechos.

La cultura del encuentro: propuesta para un proceso de cambio inducido

Cuando Francisco habla de la cultura del encuentro no está haciendo una descripción de la realidad sino formulando una propuesta de cambio, un proceso de cambio cultural inducido.

A lo largo de la historia hubo procesos de cambio acelerados, que resultaron de la violencia y generaron el rencor, el odio y el afán de venganza. El proceso de cambio cultural que Francisco propone es voluntario, para ser dialogado, razonado, consensuado, convencido, aceptado y llevado a la práctica.

Es un cambio que apunta en primer lugar a la Iglesia misma, lo que entre cristianos se llama conversión. Pero también está llamando al encuentro del corazón de las personas, para desde allí alcanzar las familias, las sociedades, los países y hasta el orden global, en la justicia y la paz, en la solidaridad y la misericordia.

(1) Discurso del Santo Padre a los participantes en el encuentro internacional por la paz organizado por la Comunidad de San Egidio 30 de septiembre 2013.

(2) Benedicto XVI en su Mensaje para la XLI Jornada Mundial de la Paz (8 diciembre 2007) subrayaba cómo «la gramática familiar es una gramática de paz» y Francisco quiere atraer la atención de los poderes públicos sobre las difíciles condiciones en las que muchas familias se ven obligadas a vivir y subraya la necesidad de políticas adecuadas que sostengan, favorezcan y consoliden la familia, señalando ante miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede el 13 de enero de 2014 la importancia del lugar de los ancianos y de los jóvenes en la vida social y de “un compromiso común por parte de todos para favorecer una cultura del encuentro, porque sólo quien es capaz de ir hacia los otros puede dar fruto, crear vínculos, crear comunión, irradiar alegría, edificar la paz.”

(3) A fines de agosto de 2016 Francisco recibió a Mark Zuckerberg en el Vaticano y se refirió a la manera de usar las tecnologías de comunicación “para aliviar la pobreza y para animar la cultura del encuentro”.

(4) “...Patria que necesita que cada uno de nosotros le entreguemos lo mejor de nosotros mismos, para mejorar, crecer, madurar. Y esto nos hará lograr esa cultura del encuentro que supera todas estas culturas del descarte que hoy en el mundo se ofrecen por todas partes. Mensaje al Pueblo Argentino 30 de septiembre 2016.

(5) Discurso del Santo Padre al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede 11 de enero de 2016.

(6) Homilía en la S. Misa en Lampedusa, 8 julio 2013.

(7) DISCURSO DEL SANTO PADRE AL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE 11 de enero de 2016.

(8) DISCURSO DEL SANTO PADRE AL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE 13 de enero de 2014.

(9) Mensaje para la XLIX Jornada Mundial de la Paz, 8 diciembre 2015.

(10) DISCURSO DEL SANTO PADRE AL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE 13 de enero de 2014.

(11) Palabras de Francisco a los funcionarios del Ceremonial Diplomático de la República Italiana y a los funcionarios de la Embajada de Italia ante la Santa Sede. Sala Clementina 20 de diciembre de 2013.

(12) La Santa Sede mantiene relaciones diplomáticas con 180 Estados, también con la Unión Europea, la Soberana Orden Militar de Malta y relaciones especiales con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Asimismo forma parte de diferentes Organizaciones y Organismos intergubernamentales y Programas internacionales ante muchos de los cuales mantiene asimismo misiones acreditadas en forma permanente.

(13) Austen Ivereigh. “EL Gran Reformador” Ed. B, S.A. Buenos Aires 2015. Pág. 520.

(14) Documento Conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, 13-31 de mayo de 2007.

(15) CARTA ENCÍCLICA LAUDATO SI’ DEL SANTO PADRE FRANCISCO SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN. Vaticano, el 24 de mayo 2015,. Libreria Editrice Vaticana.

(16) Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de la Paz (8 diciembre 2013).

(17) Sobre este tema volvió en su “ Mensaje para la 48ª Jornada Mundial de la Paz 2015- Vaticano, 8 de diciembre de 2014: “La globalización de la indiferencia, que ahora afecta a la vida de tantos hermanos y hermanas, nos pide que seamos artífices de una globalización de la solidaridad y de la fraternidad, que les dé esperanza y los haga reanudar con ánimo el camino, a través de los problemas de nuestro tiempo y las nuevas perspectivas que trae consigo, y que Dios pone en nuestras manos”.

(18) ibídem.

(19) ENCUENTRO POR LA LIBERTAD RELIGIOSA CON LA COMUNIDAD HISPANA Y OTROS INMIGRANTES. DISCURSO DEL SANTO PADRE- Independence Mall, Filadelfia 26 de septiembre de 2015.